

NOTAS

OPINION PUBLICA Y POLITICA EXTERIOR EN EUROPA: 1870-1980

Por VICTOR MORALES LEZCANO

Organizados por la *Escuela Francesa de Roma* y el *Centro de Estudios de Política Exterior y Opinión Pública* de la Universidad de Milán, se han celebrado ya dos coloquios—de los tres inicialmente programados—sobre el sugestivo tema de la interrelación existente entre la *mentalidad colectiva* de las sociedades europeas contemporáneas y la conducción de la acción exterior de los Estados.

Los dos coloquios han tenido lugar en el mes de febrero de 1980 y 1981, en la sede de la *Escuela Francesa de Roma* (Piazza Navona), y han supuesto un respetable ensayo de actualización y de confrontación documentada en torno al sujeto de estudio.

Empecemos con éste.

El fenómeno de la *mentalidad colectiva* hace ya decenios que ha suscitado el interés reflexivo y la investigación positivista en los medios universitarios y en el pensamiento independiente de los Estados Unidos (recuérdese a H. Laswell y Wright Mills, por ejemplo). En Europa, la sociología francesa fue la que mostró una vocación teórica más afinada sobre el fenómeno de la *mentalidad colectiva* y sus órganos de expresión: la literatura de cordel, los devocionarios cristianos, la gacetas ilustradas, la prensa periódica y otros *mass media*. Desde Lucien Fèbvre a J. B. Duroselle, entre los historiadores; desde Albert Sauvy a Robert Escarpit, entre los sociólogos, el fenómeno no ha pasado inadvertido, y ha sido objeto de estudios clásicos en la historiografía y ciencias sociales.

Ahora bien, más allá de la formación y de los ingredientes de la *forma mentis*, de la manera de pensar y opinar de las gentes, los dos

coloquios celebrados en Roma han puesto énfasis en la relación existente entre la *mentalidad colectiva* materializada en prensa de opinión, panfletos, ondas radiofónicas e imagen televisada, y los organismos del Estado moderno llamados a entender específicamente en la política exterior: Ministerio de Asuntos Extranjeros y Gobierno de turno.

Ortega y Gasset hizo hincapié, en varias ocasiones, en la omnipresencia de las gentes en los sitios de encuentro y en las reflexiones dominantes en el siglo xx. Se había apercibido del hecho, porque era palpable y digno de observar; la clase política, y la retaguardia burocrática del aparato de Estado en Europa, tardó en captar el fenómeno, en admitirlo, y cuando así lo hizo, pasó a considerar la posibilidad de poder *configurar*—hasta donde fuera factible—la opinión pública de las gentes para el beneficio y legitimación de su causa.

Los *Coloquios de Roma* han parado mientes en este proceso de toma de conciencia de la importancia de la *fuerza profunda* que supone la opinión pública, por parte de los organismos del Estado europeo, llamados más directamente a dar forma a la visión (hostil, amigable o indiferentista) que los ciudadanos del Estado tienen, o pueden llegar a tener, con respecto de la acción exterior de los pueblos vecinos.

Todos los Ministerios de Exteriores, en el sistema de Estados de Europa de 1870-1900, acusaron el hecho e intentaron capitalizarlo. Naturalmente, la fuerza de la presión pública hay que entenderla a partir del ideario y de la estrategia concreta que los partidos políticos, las confesiones religiosas, los grupos de presión económicos y algunos individuos egregios han desarrollado en circunstancias históricas determinadas: contencioso bilateral, conflicto generalizado, ententes financieras y guerras económicas, alianzas ocasionales y defensa de la neutralidad, por citar situaciones muy tipificadas.

Así, la intensidad y los objetivos de esas presiones actuantes sobre la opinión pública de la Europa contemporánea han determinado el grado de influjo conseguido cerca de los Gobiernos y de los Ministerios de Exteriores, y han permitido, o no, una mayor o menor capacidad de juego y utilización de la *mentalidad colectiva*.

No es lo mismo, ciertamente, estudiar *La Consulta* italiana o la *Wilhemstrasse* alemana en 1890 que en 1940, ni estudiar el comportamiento del *Foreign Office* o del *Quai d'Orsay* en 1914 que en 1945.

El estado de guerra, la crisis económica, la disputa colonial o la fijación del orden de posguerra ofrecen siempre un comportamiento cam-

biente de las *oficinas* de los Estados para su relación con el mundo exterior. Como tampoco es la misma relación existente entre opinión pública y aparato de Estado en sociedades cerradas o abiertas, totalitarias o pluralistas.

Los *Coloquios de Roma* han atendido no sólo al fenómeno de la interrelación existente entre las dos variables históricas apuntadas, sino que han atendido, prioritariamente, a situaciones específicas dadas, hasta ahora, entre 1870 y 1940.

El interés intrínseco del sujeto está a la vista. La calidad de las ponencias, difícil de poner en duda (Brunello Viguzzi y René Rémond, James Joll y Raoul Girardet, R. de Felice y David Dilks, entre otros muchos *scholars* europeos, han hablado y tomado parte en los debates de los *Coloquios de Roma*). El próximo *montaje* —último de la serie— cubrirá el periodo de 1940-80, es decir, el de más estricta contemporaneidad; como en el caso de los anteriores, se tratará de ventilar el sujeto de estudio a partir de las aportaciones más recientes. Se supone que los patrocinadores publicarán las *Actas de los Coloquios* en fecha no muy distante al final de su tercera edición.

Unas puntualizaciones de última hora antes de finalizar esta notificación.

Sigue siendo lamentable la casi total ausencia de profesores universitarios e intelectuales académicos españoles en este tipo de acto, caracterizadamente europeísta por su temática, por la nómina de sus expositores y por la sede de su realización: la *Escuela Francesa...* de Roma.

Hay que preguntarse una vez más por las causas del hecho: ¿carencia de información y de estímulos? Probablemente, hay mucho de ello. ¿Inhibición hispana e indiferencia europea hacia la presunta colaboración española en este orden de elaboraciones intelectuales? También es muy probable que ello actúe negativamente sobre todos nosotros y se traduzca en la parca y retraída participación española en foros de estas características.

Los decenios de apartamiento de la Comunidad Europea no han lastrado solamente a los empresarios, a los políticos y al ciudadano de a pie español. Los intelectuales también se resienten hoy de aquel apartamiento, secular, pero acentuado escandalosamente durante el franquismo.

La inclusión española en la familia europea es tarea de alto bordo y —como se observa— va para largo. Algo que ir haciendo, sin embargo. Se me ocurre pensar —a título estrictamente personal— si el estudio de la relación existente entre la opinión pública y la política

exterior española en la *hora cumbre* del nacionalsocialismo (1940-42), o el estudio de la misma interrelación durante los años de ostracismo internacional de la dictadura (1946-53), o el estudio de la creciente sensibilización de la *mentalidad colectiva* peninsular hacia las cuestiones exteriores (digamos integración en la CEE e ingreso en la OTAN, por mencionar las dos más aparatosas), luego de restaurada la democracia parlamentaria (1976-80), no constituyen objetivos de análisis y trabajo empírico, al mismo tiempo que poseen su entidad, tanto para nosotros como para los colegas europeos del próximo encuentro, a celebrar en Roma.

Me ha parecido siempre que una información puntual, si vivido desde dentro el suceso que la inspira, no debe acabar en ella misma. Es por una convicción de tal naturaleza por la que me he permitido esta puntualización de marras, y por lo que deseo airear la cuestión, a ver si el *Departamento de Relaciones Culturales*, en el Palacio de Santa Cruz, o el *Centro de Estudios Constitucionales*, en la plaza de la Marina Española, terminan por enterarse y deciden estimular a los profesores universitarios —historiadores, internacionalistas y sociólogos— para que hagan acto de presencia activo en la *terza punttata* de esta serie de Coloquios que aquí se comentan.

Me daría por satisfecho si mi intromisión y osadía cuajaran en algún resultado positivo.

(Octubre de 1981.)